



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ESCRITORES NOTABLES
DOCTOR THEBUSSEM



(Pardo de Figueroa)

El erudito é insigne
cartero mayor de España
es modelo de aticismo
y de donaire y de gracia

Y de los cultivadores
de la lengua castellana,
¡nadie como el solitario
de la Huerta de Cigarra!

SUMARIO

TEXTO: De toda un poco, por Luis Taboada.—Proyecto de empresa, por Eduardo Bustillo.—La flor de la estufa, por José Estremera.—¿Quién fuera ella?, por Edmundo de Palacio.—Al cementerio, por Juan Pérez Zúñiga.—El eterno aburrido, por Sinisio Delgado.—El señor de Modismo, por Ramón Caballero.—Epitafios, por Enstaquio Cabeza.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Doctor Thebussem.—Á lo que van al cementerio.—Rompe-cabezas, por Cilla.



¡Qué semana tan divertida!

Reapertura de Cortes, maniobras militares, bodas, estrenos, una hornada de senadores vitalicios, otra de directores más ó menos generales, un rapto amoroso y varias broncas.

Además, el archiduque Alberto, ó sea nuestro ilustre huésped—que dice la prensa ministerial—ha recibido el domingo á cuantas personas han querido ofrecerle sus respetos.

Nosotros no hemos ido, porque teníamos mucho que hacer, pero nos han dado razón de todo y estamos lo mismo que si le hubiéramos visitado.

Entre los que han rendido tributo de admiración y respeto al archiduque, figuran algunos amigos nuestros, que tienen ropa negra y no pierden ocasión de lucirla.

En cuanto vieron que el ilustre huésped anunciaba, por medio de los periódicos, que recibiría el domingo á sus admiradores, sacaron el frac de la cómoda, lo cepillaron cuidadosamente y *pian pianino* se fueron á Palacio.

—¿Está el archiduque?

—¿Quién es usted?

—Dígale usted que me llamo Vázquez.

—¿El de los bombones?

—No, señor, el otro; el de la dirección general de Rentas, negociado quinto.

—Pues pase usted.

Y Vázquez pasó y allí estuvo haciendo reverencias, hasta que le echaron; porque él creía que un archiduque era una persona cualquiera y que podía uno pasarse allí un par de horas hablando de la mala calidad del tabaco y de la suspensión de las corridas de toros.

Vino un miembro de la alta servidumbre y le dijo:

—¿Ha concluido usted de ofrecer sus respetos?

—Sí, señor; por lo de ahora....

—Pues ya se puede usted ir.

—¡Hombre! Déjeme usted quedar aquí un ratito, que no me meto con nadie.

Pero no está permitido que se queden allí los visitantes, y nuestro amigo tuvo que abandonar el salón de Gasparini, no sin saludar amablemente á cuantas personas encontraba al paso.

—Vaya, abur y que no haya novedad. En la dirección de Rentas, negociado quinto, me tiene usted á sus órdenes. En preguntando por Vázquez....

De allí se fué á su casa.

—¡Caramba, D. Crisanto! ¡Qué majo viene usted!—le dijo la portera al verle.

—Cuando hace uno ciertas clase de visitas, no tiene más remedio que asearse.

—¿De dónde viene usted?

—De Palacio.

—¡Sopla!

—Vengo de ver al archiduque, que es persona muy atenta.

—¿Que bien relacionado está usted!

—Gracias á Dios, tengo muy buenas relaciones. Ahora, para cuando dé á luz mi esposa, pienso ver si D. Venancio me saca de pila á la criatura.

—¿También conoce usted al ministro de Hacienda?

—Como conocerle no le conozco personalmente; pero de todos modos, el viernes, que es su cumpleaños, iré á felicitarle y de paso le digo lo de la criatura. No hay mejor sistema que el de las visitas para crear relaciones. Lo mismo entro yo en casa de Sagasta que puede entrar usted en la de su familia. Aún ayer estuve allí, y por cierto que me confundieron con el afinador de pianos, y tuve que decirles quién era y á lo que iba.

Hay gente así, denodada de suyo, que entra en todas partes

sin pizca de aprensión, y en cuanto le dan un poco de confianza abusa.

Alguno conocemos que entra en las casas á la hora de comer y se va quedando, quedando hasta que le dicen:

—¿Quiere usted acompañarnos?

Entonces él hace como que se va y vuelve.

—No, no quiero molestar; pero, por otra parte, tampoco me gusta que me crean orgulloso.

Y acaba por sentarse á la mesa y por decir con la mayor naturalidad del mundo:

—Pues, ya que son ustedes tan amables, me voy á llevar, envuelto en un papel, este poquito de queso, para que lo pruebe mi señora.

Hay otro sujeto que anda por ahí echándose las de bien relacionado. Es visita de todos los personajes y no tiene inconveniente en pedir favores, aunque no se le dé confianza.

—¿Podría usted facilitarme una carta de recomendación para un canónigo que se ha vuelto tísico y desea una plaza de matrona de consumos?

Unas veces pide cartas, ótras billetes para ver los edificios públicos y otras veces se dirige á la señora de la casa y le dice:

—¿Podría usted prestarme un molde para hacer flan? Es un encargo que me ha dado mi señora, porque el lunes tenemos convidados.

¿Quién duda que las buenas relaciones se obtienen por medio de las visitas?

Por eso cuando llega á Madrid algún príncipe extraño á la localidad, acuden á visitarle muchas personas, creyendo que aquél va á decirles:

—¡Vaya, vaya! ¿Conque usted es Martínez? ¡Hombre! ¡Cuánto me alegro! Está usted empleado en Penales, ¿verdad? Pues cuente usted con mi apoyo.

Y nunca falta alguna señora ingenua que dice á su esposo cuando le ve componerse para ir á Palacio:

—Ya lo sabes, Guirlache. Dile al archiduque que á ti lo que te conviene es una plaza en el Ayuntamiento, de poco trabajo; y si encuentras ocasión, explícale toda mi enfermedad y dile dónde tengo el dolor y los gastos que nos ocasiona, para que se interese por nosotros y nos tienda una mano. Si te pregunta cuántos hijos tenemos, dile que ocho, porque él no ha de venir á hacer averiguaciones, y háblale al alma, que sabe Dios cuándo se presentará una ocasión como ésta.

Si fuéramos á indagar el origen de muchas direcciones generales, resultaría que la mayor parte de los agraciados habían sido visitantes consecuentes de los poderosos de la tierra.

Con una buena levita, unos guantes y unas botas nuevas, si puede ser de charol, ya está un hombre en camino de hacer fortuna.

Lo que hay es que muchos tienen levita y guantes y botas de charol y, sin embargo, no visitan á los personajes.

No por nada, sino porque no diga algún portero, con esa filosofía transcendental de escalera abajo:

—Va está aquí el *méndigo* de todos los días. Hay que tener ojo, porque ése, como no pueda sacar un buen empleo, será capaz de llevarse el gabán de cualquiera.

Porque se han dado casos.

LUIS TABOADA.

PROYECTO DE EMPRESA

Mi señor don Feliciano Ruiz Fernández de Alcorcón: ¿Aún se viene usted con dudas de si es negocio de prof? ¿Aún tiene usted esos millones en triste amortización, con los céntimos solares que al Inen público español dicen: «Aquí hay un terreno como en Madrid no se vio para un templo protestante del arte de Calderón?»

Trácele ya el arquitecto, cimentada usted sin temor, y veagan ripio y cascote como encargados *ad hoc*; y álcese pronto esa fábrica, y avise al decorador, y no dude usted un momento en levantar el telón.

¿En cosechero de vinos tanto miedo? ¡vive Dios! Pues ¿no es hoy día el teatro una villa del Señor?

¿Que no entiende usted el negocio?

Pues aprenda la lección de mucha gente ignorante que á explotarle se metió, y hoy cobra nombre y más oro que el que á usted da el peleón, aun metido *de matute* por un especial favor.

¿Que le asusta en tal empresa eso de *la formación*? ¡Pero, hombre, si no se trata de tender tropas al sol!

Si aquí no han de ser premios jefes de Estado Mayor, aunque sé que habrá *Revistas*, ó me lo figura yo.

Pero ésas son siempre cosas de que se cubra el autor, ó los autores, que á veces forman todo un batallón.

Usted busque tiple golpe, aunque no dé el *si* ni el *de*, ni sepa del castellano la limpia pronunciación;

que gane sus quince duros con algún desplante a través, lo mismo que el bajo cómico y que el cómico tenor.

Para lo demás del cuadro ahí tiene usted de plantón muchachos de poca ropa, aunque de muy mala voz.

Y, en fin, chicas para el coro con su desafinación, mas con cada pantorrilla que vale lo menos dos.

Y sobre tales columnas funde su especulación; que, si no es negocio de honra, siempre es negocio de pro.

EDUARDO BUSTILLO.

LA FLOR DE LA ESTUFA

I

—Mariposilla blanca, flor que aletea,
jirón de bruma,
que por estos jardines sobre las flores
no paras nunca,
que no aspiras la brisa que cariñosas
ellas perfuman
y que nada les dices cuando ligera
sobre ellas cruzas,
¿por qué así las desprecias, si darte mieles
ellas procuran?
¿Qué te han hecho las pobres? ¿Qué es lo que anhelas?
¿Qué es lo que buscas?
Aquí tienes verbenas, rojos claveles,
colgantes fusias,
apretadas hortensias, lirios azules,
blanco nenúfar,
aquí la peonía, reina que viste
manto de púrpura;
más allá la violeta, que entre sus hojas
su flor oculta.
Míralas, que te llaman. ¿Por qué entre todas
ligera cruzas?
¿Adónde vas perdida? ¿Qué es lo que anhelas?
¿Qué es lo que buscas?
—Voy tras un imposible; busco una rosa
que es blanca y pura
como el copo de nieve, como mis alas,
como la espuma.
Mas no llego hasta ella, que la cuitada
vive en clausura.
Mi preciado tesoro vil jardinero
guardó en la estufa.
Por entre los cristales mis tristes ojos
verla procuran;
si alzan las celosías, puedo admirarla,
besarla nunca.

II

—Mariposilla blanca, ¿qué es lo que anhelas?
¿Qué es lo que buscas?
Aquí tienes la rosa; mírala libre
de su clausura.
—¿Esta es la florecilla que ayer estaba
presa en la estufa?
¿Qué triste desencanto! ¡Junto a las otras
ya no me gusta!

JOSÉ ESTREMER.

¡QUIÉN FUERA ELLA!

Así dicen algunos transeúntes, al ver pasar a su lado alguna novia con la comitiva de la boda, parientes, amigos y testamentarios.

—Mal gusto tiene usted —replicó un novio que iba para marido ó que regresaba recién esposo, dirigiéndose a un sujeto que había exclamado, mirando a la novia codiciosamente:

—¿Quién fuera ella!

—Dijera usted: «¿Quién fuera él?» —continuó el interesado ó el lastimado.

Y el aludido rectificó al novio, diciendo:

—Amigo, yo me entiendo y bailo solo, desgraciadamente.

—¿Quién fuera ella!

Porque ella, la mujer, es la señora en nuestra sociedad, y nosotros somos los siervos; algunos lo son con errata, esto es, con c. La mujer es la savia social.

Nosotros la savia de coco ecuatorial, etc.

Como ella es delicada, no la dedicamos a trabajos rudos.

De esta regla hay excepciones en algunas comarcas, en las cuales las mujeres trabajan en el campo y los hombres pastan.

Como ella no puede soportar ciertas penalidades, ni la sorteamos para servir a la patria y personas que a ésta administran, ni se le exigen reparaciones por ofensas, ni se las considera obligadas a mantener a las familias que cuentan con varones útiles.

La joven que se gana la vida, cosiendo para fuera ó para don-

de puede; la que se dedica al servicio doméstico; la que abraza cualquiera de las nobles profesiones de cocinera bilingüe, es decir, de platos en francés y en español; de nodriza para casa de los padres capuchinos ó de padres particulares; de corsetera, de telefonista, de sastra, todas éstas son excepciones de la regla, en cierta parte.

Trabajan, pero también son consideradas por los hombres como mujeres en varios asuntos.

Las que no tienen necesidad de contribuir al sostenimiento de las cargas de familia, la hijas de cabeza de familia, son felices, relativamente.

Y las esposas de cabeza de familia.

¿Cuán feliz sería el mismo D. Venancio si no tuviera que pensar más que en el presupuesto de gastos, para el cual le proporcionasen aunque fuera los cuervos, como al hacendista Elías, lo necesario para cubrir la totalidad!

Pues esa felicidad es la que experimentan ellas.

—Papá, esta noche nos toca el turno....

El turno del abono en la Comedia ó donde sea.

El padre, distraído, entiende:

—Esta noche nos toca el turno.

Furioso pregunta:

—¿Quién es? ¿quién es?

—¡Vaya! ¿No sabes lo que voy a pedirte y ya te incomodas?

—Hombre —interviene la madre de la niña, —que no tiene un par de guantes que puedan servirle para esta noche, que nos toca el palco.

—¡Ya!

—¡Parece que estás «atortolado»! Ahí ha traído la cuenta la modista....

—Bueno.

—¡Ah! Y el colegio del niño.

—¿También le han traído?

—Y el pariente? —pregunta una ciudadana a una vecina.

—Ya se ha ido.

—¿Continúa en eso del resguardo?

—¡Ay! Sí, señora, y me tiene con el alma en un hilo, porque como todas las noches tienen que reventar a alguno de esos....

—Ya es tarea.

—Así es que no vive una tranquila: ya ve usted, ahora me acuesto, y hasta que vuelve él por la mañana.... ¿Y cree usted que puedo dormir? Pues no, señora.

—Lo creo.

—Verdad es que no me deja el Moreno.

—¡Caracoles, vecina!

—El gato, que se acuesta en mi cama.

—Más suerte tiene que su hombre de usted.

—Ande usted, que para eso es hombre. ¿Y el de usted?

—Ya está debajo de tierra.

—¡Ay! ¿Qué me dice usted? ¿Pues cuándo ha muerto, si le vi anteayer tan contento?... Mal color sí tenía.

—No, mujer, si digo que como está en eso del alcantarillado....

—¡Ah! Pero ¿está complicado en eso?

—¿Qué complicado? Es de la ronda.

—¡Ya!

—¿Pues qué pensaba usted?

La mujer es el ama y el hombre el esclavo.

Ya sé que ellas dicen lo contrario, y aun exclama alguna:

—¿Quién fuera él!

Hasta premios a la belleza, para las mujeres, hemos inventado los hombres, sin entender que cuanto más las mimamos más se envanecen.

Y que sube el precio del artículo.

EDUARDO DE PALACIO.

AL CEMENTERIO

—Hola, Petra.

—¿Te has muerto?

—No, que yo sepa.

—Como no te he visto el pelo desde el sábado...

—Dispensa,

pero ayer me faltó poco para entregar la pelleja con un cólico entorpecido que a poco más *reventaba* en cólico *miserable*.

Por eso he faltado.

—¿Qué penal

—¿Y qué es lo que estás haciendo?

—Pues metiendo en una cesta cuatro cosas de mis padres, que en gloria estén.

—Así sea.

—Como pasado mañana son las ánimas, quisiera llevarles al campo santo, a más de estas cuatro velas, esta corona de flores, cordiales, si lo que sean, y esté par de farolitos con palmas y calaveras pintadas en los cristales por el hijo de la Pepa, que pinta mejor que el Tato.

A LO QUE VAN AL CEMENTERIO



A rezar por el finado y á buscarle un sustituto, que no resulte tan bruto como el del año pasado.



A averiguar si la bestia de la cuñada ha atendido *dinamente* al pobre Atanasio.



A enseñar asquerosidades para excitar la compasión del público.



A llevar individuos solos y traer parejas.



A maldecir los placeres y llorar como un camueso, porque ha averiguado que eso derrite á algunas mujeres.



A tener cuidado de los blandones y á entristecerse mucho de orden de la marquesa.



A convencerse de que la dulce esposa no ha resucitado todavía.



A llorar por el único que aguantaba sablazos.



A renov. los jurament. ante el sepulcr. del H. Scóola.

—¿Como que estadia pa albéitar?
Pero, bien; primeramente,
manque eso te dé tristeza,
dificádate, que tienes
coloradas las orejas,
y sabes que no me *cuempe*
que llores de esa manera.
Verás es que son tus padres
pero pones caer enferma,
y antes que ellos éras tú,
me parece.

—Pues la yerras,
que ellos han sido primero.

—Está bien. Como tú quieras.

—¿Y cuándo vas á llevarles
esos cachivaches, prenda?

—Pues pienso que hoy mismamente,
porque los probes lo esperan
tos los años.

—Por mí, vete.

—Oye, me ocurre una idea.

—¿Tú eres hombre pa llegarte
hasta el nicho con tu nana
y ayúdala á colocar.

—Con un *pitajo* que diga:

«A mis probes padres, Petra?»

—«Hombre! Mentira parece
que le digas eso á mamá,
sabiendo que hace por tí»
cuánto le mandas y ordenas.

Yo, que me ando todo el globo
y el mapa-mundi y la esfera
y llevo á los *antópatas*,

como dicen en la escuela,
sin resistir y á pie enjato,
si *exeres* que lo deseas,
¿crees tú que voy á achicarme
por salir fuera de puertas
contigo y dir hasta el nicho
donde tus padres *requirieron*?

Es más, pa que tú te enteres
de que no soy un cualquiera,
tomamos un coche abierto
de par en par... la manuela
de la otra noche, si es caso,
y por un par de pesetas
nos planta en el cementerio
á mí y á ti y á la cesta
en donde van los faroles,
la corona y las candelas.

—¿Qué estás diciendo, Manolo?

—Lo que estás oyendo, Petra.

—Pues yo no voy en berlina
hasta el campo santo, ea.

—¿Cómo que no? Por tus padres
me gasto yo dos pesetas,
pero con *muchísimo* gusto,
máxime más si se piensa
que es pa verlos encerrados
en la tumba sempiterna.

—Bien; la cosa es que marchemos..

—Cuando tú lo digas, reina.

—Probes padres de mi alma!

—No llores.

—Ya estoy serena.

—¿Y en qué cementerio yacen?

—Pues en el de Pontevedra.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL ETERNO ABURRIDO

Yo nací en un portal, no tuve nombre,
me educué en el Hospicio, fui soldado;
hubo guerra civil en el Estado
y caí peleando como pa hombre.

Me enterraron de noche, con misterio,
con otros como yo, para mortalia,
y á todos nos sirvió de cementerio
el mismísimo campo de batalla.

Como fui bueno en vida,
contaba con un fallo absolutorio;
pero mi cuenta resultó fallida,
y *salí* condenado al purgatorio.

El jugador estubo en su derecho;
porque envidié á los otros sus mujeres,
sus madres, sus familias, sus placeres...
todo muy natural, ¡pero mal hecho!

Y aquí estoy extinguiendo mi condena.
El día de Difuntos, cuando suena
el toque de oraciones misterioso
que va á repercutir en lo profundo,
pueden las almas visitar el mundo
con permiso especial de Dios piadoso.

Unos vuelven á entrar en sus hogares
para ver si conservan su memoria,
otros van recorriendo los lugares
que recuerdan detalles de su historia;
éste busca á su novia y la saluda
cuando la habla tal vez otro sujeto;
aquí lleve el objeto

de encargar cuatro misas á su vida...

Pero á mí no me importan un comino
el enemigo que me hirió en la guerra,
y mi pueblo, y mi casa, y mi vecino,
y mi historia, y mis padres, y mi tierra,
y, como es natural, me canso pronto
de andar por el espacio como un tonto,
y retorno á mi casuel el primero,
con grandísimo asombro del portero.

Por lo cual, desde este año me decido
á tomar un partido:

Vayan al mundo los que tengan algo
que ver á recordar entre la gente...
¿Que suena el toque de ánimas? Corriente:
que toquen lo que quieran! Yo no saigo.

SINESIO DELGADO.

EL SEÑOR DE MODISMO

Tenia mi buen señor, muy mal criado por cierto, un cuerpo
de caballería á sus órdenes el año de la Nanita, y por ser un des-

almado y crearle el alma de una sublevación, que al cabo no
cuajó, claro está que se quedó por tierra y que fué desterrado.
Era el tal hombre de oscuros antecedentes, de corto entendi-
miento, de formas nada correctas, de anchas espaldas y calmoso
en la expresión, aunque duro é inquebrantable en sus juicios.

Tenia completamente cerrados los ojos á la luz de la razón, de
tal manera que se consideraba impotente para responder de
cualquier cargo. Y data de antiguo el rumor manso hasta cierto
punto y seguido de aseveraciones sin cuento que en una enfer-
medad (sin cura, según algunos), que le tuvo á las puertas de la
muerte, no supo dar cuenta de su vida pasada (que es más que
madura), aunque no falta quien jure que tuvo el valor de confe-
sarse vencido en tan cobarde lucha.

Comía á dos carrillos, según él, y estaba satisfecho de sí mis-
mo, porque, como dijo el otro, «harto el diablo de carne se me-
tió fraile,» y si alguna vez tuvo necesidad de provocar el recuer-
do de sus apetitos de otros tiempos, se le notaba embarazado
por el júbilo y acababa por sentir los dolores morales que pro-
ducen una indigestión de palabras y un apretón de ideas; en-
tonces, medio consumido por la impaciencia de ser oído, con-
virtiéndolo todo en sustancia, y hambriento de justicia y de ven-
ganza sediento, porque si vino ó no vino á colación, haciéndole
sele la boca agua y aderezándolo de la mejor manera, porque
tenía en medio de todo buena pasta, decía que él comía la sopa
boba, haciendo la rosta á no sé qué pariente que en muchas
ocasiones le había dado la llamada por respuesta; que el tal era
un gallina, y que sin devanarse los sesos nuestro hombre, con
solo no morderse la lengua, le había puesto como hoja de pere-
jil, ó por mejor decir, como un pavo, sacando de esto la conse-
cuencia de que quien se pica ajos come y de que al que se hace
de miel, etc.; que á él no le gustaba mortificar la carne, aunque
de vez en cuando alimentara su espíritu con el pan de la Euca-
ristia, porque tenía buenos principios religiosos, muy por el con-
trario de un su amigo fabricante de licores, que disfrutaba un
gran paladar para saborear los caldos de sus fabricaciones, á
pesar de ser ateo; y al fin y á la postre, con dulce expresión,
y mascullando que á él nadie le había dado la tostada, ponía las
peras á cuarto á todo el que le contradecía, y nos metía á to-
dos la castaña de sus riquezas, porque yo sé que no há mucho
cobró dietas en una comisión de apremio que le confiaron.

Juraba que se había criado en muy buenos pañales, que siem-
pre se puso el mundo por montera, que sabía distinguir perfec-
tamente las capas sociales, y que al abrigo de todas estas cua-
lidades y antecedentes se había enlazado con una americana
rica; que antes tuvo relaciones con una cazadora... de tórtolos,
que por su mala vida merece otro nombre que no me atrevo á
escribir, con la cual se le caían los pantalones de puro hombre
de bien, y así sólo se hacía respetar á medias; pero como to-
dos le roían los zancajos, bien pronto averiguó dónde le apreta-
ba el zapato, y la desprecia, en la seguridad de que no era ella
la llamada á servirle de báculo en su vejez. Sin embargo, no le
llegaba la camisa al cuerpo, á pesar de que tenía la conciencia
elástica, cuando tuvo que abandonarla á sus malas prendas
personales, porque, como él decía, «el que no está hecho á bra-
gas...» pero le obligó á hacerlo, no obstante no gustarle vestirse
con plumas de pavo real, el que la americana no estaba descalza
y el haberse enamorado de sus buenos hábitos. Aunque era
republicano, odiaba á los descamisados furibundos, enseñaba los
puños por cualquier cosa y llevaba siempre el cuello blanco y
estirado; ponía en tela de juicio la honra de los demás y hacía
mangas y capirotos de todo cuanto se ponía á su alcance.

Andaba con pies de plomo en sus hablillas, porque decían al-
gunos que si los cuartos que tenía eran ó no eran... Lo cierto
ello es que él dormía á pierna suelta porque tenía el riñón bien
cubierto, y no le faltaba estómago para los negocios, á pesar de
que aun teniendo las uñas largas, salió muchas veces con las ma-
nos en la cabeza, y tuvieron que meterle en cintura varias veces
por escurrir el hombro cuando corría peligro, y no dar su brazo
á torcer por nada ni por nadie, prefiriendo, según él, antes que
esto comerse los codos de hambre. Era en fin un hombre de pelo
en pecho, que hablando entre dientes y todo, si se le hinchaban
las narices metía la cabeza por cualquier parte, y aunque pare-
cia que la tenía á todas horas á pájaros, andaba con la mosca á
la oreja en los malos negocios y nunca metía la pata en ninguno
de ellos, porque á pesar de lo dicho, no tenía pelo de tonto y así
estaba siempre al idem.

De sus cualidades morales, ve atando cabos, lector benévolo:
era ciego por las mujeres, cuestión para él nada peliaguda, en la
inteligencia que siempre habla que darle la razón sobre este pun-
to, máxime cuando en sus chifaduras aseguraba que la mejor
flor para ellas era un buen pensamiento. Estaba como se ve en-
amorado de sí mismo; de memoria, casi, nos hizo aprender un dis-
curso que disparó no sé dónde defendiendo la nobleza de los

blasones que heredó su esposa de sus ilustres antepasados; tenía buen espíritu de vino, regalo de su amigo el fabricante de bebidas, y sus aspiraciones eran constantes, profundas y enérgicas, á juzgar por el movimiento de su pecho y la fuerza de sus pulmones.

Se había hecho á las voces, como los pájaros de la vega; en cuanto á maneras cultas y trato social, andaba hacia atrás como el cangrejo, y era, sin embargo, de los que decían que mejor quería ser cabeza de ratón que cola de león; vivía de noche como los murciélagos; por cualquier cosa se le ponía la carne de gallina; babeaba como el caracol; andaba generalmente á paso de tortuga, y tenía cara de perro, hocico de mona, cabeza de chorlito, voz de grillo, lengua de escorpión, risa de conejo, mirada de águila, uñas de gavián, corazón de hiena, la viveza del ratón, la gravedad del burro, la astucia de la zorra y la intención de un toro de Miura. En cuanto á económico, había vivido siempre como sardina en banasta, teniendo á los que le rodeaban como piojo en costura, dicho sea con perdón.

No conoció más padres que los de la Iglesia, gozó los beneficios de dos magníficas carreras de dientes, bañóse todos los días en agua de rosas, prestó atención á todos, tomó el sol, hizo tiempo, recibió desaires á porrillo, acabó por abandonar el mundo de sus relaciones, encerrarse en sus propios defectos, y no mató su ambición hasta que su cuerpo recobró nueva vida donde hoy duerme, como un bendito, el sueño de los justos.

RAMÓN CABALLERO.

EPITAFIOS

Aquí yace doña Rosa
Frutaverde y Quintanar.
Dió en vida cuanto hay que dar.
¡Y aún la llamaban roñosa
los pobres de su lugar!

— Bueno, excéms por ella
y hagámos la vista gorda.

Aquí reposa el valiente
general de la *Camama*,
que murió gloriosamente,
no en guerra precisamente,
como otros, sino en la cama.

Aquí yace una doncella;
fué con los galanes sorda.

EUSTAQUIO CABEZÓN.



Tiene Tito un falderito
muy bonito,
y la Rita una garita
muy bonita,
y Juan Rada una cuñada
desgraciada.
Pero os juro que á mí me importa un pito
de los bichos de Rada, Rita y Tito.

El Sr. D. Manuel Lorenzo D'Ayot nos ramité una circular, que por su mucha extensión no copiamos íntegra, en la cual anuncia al público una especie de certamen para proteger á los autores dramáticos inéditos.

Supone el Sr. D'Ayot que la juventud es muy brillante y que tiene cerradas todas las puertas, y se propone nombrar un jurado que examine las obras presentadas, premie las buenas y las haga representar en seguida en un teatro y por una compañía que se prepararán al efecto.

No puedo menos de alabar los excelentes propósitos del Sr. D'Ayot, pero, con el debido respeto, debo decirle que está equivocado.

Ni hay tal juventud brillante, ni hay tales obstáculos para poner obras en escena. ¡No hay más que ver las que se ponen todos los días!

Además, en Madrid hay nueve teatros que se mueren por falta de obras. ¿Qué más quisieran ellos que topár con una aceptable, aunque fuera del sereno!

Por comer coliflor en cierto guiso,
se le ha muerto la suagra á don Narciso,
y por comer repollo en ensalada,
se le ha muerto también una cuñada.
Para que el mal no tengas tan á mano
come sólo jamón, que es lo más sano.

En los barrios bajos:

— ¡Vaya con la señoral! ¡No tener ropa blanca y ponerle coronas á un difunto!

— ¡Hija, todas no hemos de ser tan despatilladas como usted!

— ¡A qué viene eso!

— A que cuando se muera su hombre no necesitará coronas.

— ¡Por qué!

— ¡Porque demasiado coronas irá al cementerio!

Ayer pregunté por Juan,
y, según me han informado,

como es tan grave su estado,
devuelve cuanto le dan.

No lo he querido creer;
yo, en uno de sus apuros,
le di veinticinco duros
y no los he vuelto á ver.

LOUIS LÓPEZ.

Libros:

El niño de nieve, cuento árabe por D. Manuel del Palacio. La circunstancia de haberse adelantado otros colegas nos priva del gusto de ofrecer á nuestros lectores una muestra. Precio, en la librería de Fe, una peseta.

El divorcio de Edmundo. Versión castellana de la novela *Passionément*, de A. Delpit. Nuestro distinguido compañero D. Federico Urrecha ha sido el encargado por la empresa *La España Editorial* de darnos á conocer este interesante libro. Con lo cual está dicho que el original no ha perdido una sola de sus bellezas. Precio, 3,50 pesetas.

Almanaque de El Motín para 1890. Colaboran en él distinguidos escritores y le ilustran numerosos grabados. Tendrá seguramente un gran éxito, como los de años anteriores. Precio, una peseta.

El Sr. D. Rafael Alvarez Sereix, Ingeniero de montes y C. de la Academia Española, ha tenido la amabilidad, que le agradecemos, de remitirnos un ejemplar de cada una de sus obras: *Estudios de ciencia y literatura*, Aparato de Ibáñez para medir bases geodésicas, *Solemnidad académica*, y versión castellana del *Origen y desarrollo de la vida en el globo*, por el Marqués de Nadaillac.

La escandalosa, juguete cómico en un acto, original de D. José Estremera. Ha reaparecido la *Revista de Terapéutica y Farmacia*, notable publicación dirigida por el Dr. D. Angel de Larra y Cerezo.

La antropología criminal en Europa y América, por D. Angel María Alvarez Taladriz. Hemos recibido el cuaderno primero de esta importantísima obra, que seguramente llamará la atención de las personas científicas, por la indudable competencia que para este género de estudios reconocen todos en el reputado juriconsulto de Valladolid. — Precio de cada cuaderno, una peseta.

Amor y amorío, deliciosa novela de D. Enrique Corrales y Sánchez, en que el autor hace gala de su estilo brillante y de sus dotes de observador. Precio, 3 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. M.—Sevilla.—«Limpia el acero, miserable villano

ese que manchas con sangre de inocentes....»

Y si esos son endecasílabos, que baje el arcángel San Rafael y lo diga.

Pepe.—Valladolid.—Atresado de chistes anda usted.

X. P. S.—¿Qué gastado está eso!

Sr. D. I. I. O.—Madrid.—Lo que hay es que el estilo no es todo lo levantado que ese romance exige, y la broma final ha pasado de moda.

Plancho.—La tuya, ¡oh cándida cogujada!

A....—Si podría publicarse, pero me huele á copia.

Sr. D. P. S. de A.—Madrid.—Se agradecen sus observaciones, atinadas en parte; pero crea usted que cuando no se hace más es porque no se puede.

Sr. D. P. A. G.—Viejecico es.

El Caballero de la Triste Figura.—Vaya, copiaré la *dolora*, y algo es algo, ¿eh? Allá va:

«Si á tu balcón circundan golondrinas
saturadas de amor....
no te alijas, jenara,
que una de esas soy yo.»

No puede darse mayor dulzura.

Puf.—La idea tiene gracia, pero la ha expresado usted lastimosamente.

Zaragata.—No es publicable.

Sr. D. M. G.—Tampoco.

Pañol calientes.—Tampoco.

Sr. D. R. R.—Madrid.—He procurado escoger algún epigrama, y no ha sido posible.

Cento.—Lo mismo me ha pasado con los cantares.

Sr. D. F. R.—Sevilla.—¿Quién dada que usted puede hacer algo bueno? Pero fíjese bien en los asuntos, para huir de la vulgaridad.

Peritectoro.—Mediano.

Sr. D. J. M. G.—Madrid.—Tan mediano á más que lo anterior.

Un labrego.—Nada de dialectos.

Simón r.—Se me figura que usted ha pretendido tomarme la undosa cabellera. (Lo digo así para que no resulte gastada la frase.)

Lucas.—Porquerías las dos composiciones, y porquería el pseudónimo.

Cualquiera.—Diluido el asunto y sin gracia.

Zaragatero X.—Pero, hombre, ¿cómo se le escapan á usted unos versos tan largos! Lo lee y el secretario escribe *suspensas* es octosílabo.... con estrambote.

El antroféfago.—Buena, y eso ¿qué quiere decir?

Nominal.—No crea usted que ese soneto es tan bueno como parece.

Un querubín.—¡Rayos y truenos! ¡Un ángel echando á perder el padre-maestro!

Sr. D. J. P.—Alcay.—Convergamos en que eso es pornográfico y viejo. Ambas cosas.

Sr. D. L. F.—Madrid.—Así hacía sonetos el rey que murió.

Barba, *El hombre más listo* y *Bejo de cama*.—¿Que son ustedes muy amigos! Lo crea, porque Dios los crea....

Un valiente.—Que escribe unos versos muy malos. ¡Dios mejore sus horas!

MADRID. 1889.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 15.—Teléfono 324.

ROMPECABEZAS



¿Dónde está la corista?

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peñaralar, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL.

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIBIRIO DELBADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAFORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.